

XXX Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana

Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires - marzo de 2018

**Una excursión al sitio donde está enterrado el perro.
Dilación y creencia en el país del oro de Lucio V. Mansilla**

Juan Pablo Luppi

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.

Instituto de Literatura Hispanoamericana, FFyL, UBA.

Departamento de Letras, FFyL, UBA.

Ya sabe el lector que se halla pisando el sitio donde está enterrado el perro, y que si no lo desenterramos cuanto antes es por no omitir formalidades interesantes, que no es posible reservar en el interés de la ingenuidad y sencillez del relato.

L. V. Mansilla, 24^a carta, *El Nacional*, 25 de abril de 1878 (2012: 241-242)

A comienzos de 1877, dos aventureros emigrados de Hungría -Mauricio Mayer, capitán del Ejército argentino desde 1869, y Francisco Wisner, cartógrafo e ingeniero militar convocado por el gobierno de Carlos Antonio López- descubren un paraje con potencial aurífero en la región oriental de Paraguay, cerca de la frontera con Brasil. Esquivando la estabilidad de su banca de Diputado en Buenos Aires, Mansilla se asocia con Mayer y Wisner, y luego incorporan a accionistas en una sociedad anónima para la explotación minera en la zona. Tras otra expedición en octubre del 77, Mayer presenta un informe negativo sobre la posibilidad de dar con el filón aurífero. A Mansilla esa inquietud le repica en el cuerpo. Consigue peritos que demuestran que el fracaso puede revertirse y dirige su propia expedición a las minas, en enero de 1878. Luego de superar parcialmente el obstáculo de las lluvias, los informes son entusiastas y las acciones suben en la Bolsa; Mansilla regresa a Buenos Aires el 20 de marzo, y seis días después empieza a publicar las cartas dirigidas al director de *El Nacional*, Samuel Alberú, con el título “Minas de Amambay y Maracayú”, que serán treinta hasta mayo y conformarán, editadas por Sandra Contreras en 2012, las ciento cincuenta páginas de “La expedición del oro” (Mansilla 2012: 125-277). Antes de que aparezcan las últimas tres entregas, Mansilla vuelve a partir a Asunción y las minas, por donde deambula hasta enero del 79. La amistad del presidente Avellaneda le permite estar cerca de su empresa,

cuando en octubre del 78 lo nombra gobernador del Chaco, cargo que desempeñará su vice Luis Jorge Fontana. Del segundo viaje a las minas sale otra serie de artículos publicados en *El Nacional* entre octubre del 78 y enero del 79, más distantes del relato expedicionario, con el tono reposado que consagrarán las causeries (algunos serán ampliados por Mansilla e incluidos por Juan Alsina en *Entre-Nos*, como “Ñandurocay”, “¡Esa cabeza toba!”, “El Sigú”). Aunque frente a los accionistas muestra pepitas obtenidas en su excursión y sostiene el entusiasmo, en mayo del 79 Mansilla se desprende de sus acciones y altera la circulación, dirigiéndose a Europa para visitar a su familia (cf. Contreras 2012: 39-41).

Los réditos de la empresa se desplazan del oro a la letra, que convierte la explotación en exploración, viaje interesante (no solo pintoresco) surcado de tensiones entre descripción/narración, ganancia/pérdida, verdad/creencia. Aprovechando el pedido de espacio impreso a Alberú, puesto como solicitante del encargo de escritura y destinatario personal (más distante que el “Santiago amigo” de *Ranqueles*), el íncipit de la serie dispone el doblez que beneficiará su extensión: “No me decido, por ahora, a escribir lo que usted me ha pedido, *mi viaje pintoresco al país del oro*”. El corresponsal de su propia empresa usa la escritura para intervenir en los tiempos que la traman, entretener al público hablando de las minas cuando merma su interés comercial, hacer que el tiempo pase y dejar “que hayan desaparecido las dudas”, afirmándose menos en la experticia minera que en la retórica epigramática (mansillesca) del coronel húngaro que cita en francés: “infaliblemente sucederá, pronto lo espero, *et rira bien qui rira le dernier* [...], como dice mi amigo el coronel Wisner” (Mansilla 2012: 125; itálicas en original, en todas las citas). El paisaje, la construcción subjetiva del espacio topográfico recordado en soporte tipográfico, tensiona la prevención contra el pintoresquismo: “La vista del cuadro es más pintoresca que grandiosa”, dice la novena carta a propósito de un horizonte estrecho, que no deja “dónde esparcir la mirada” ni, por lo tanto, “ensanchar la esfera del pensamiento” (166). Devenido “territorio en extremo interesante del punto de vista geológico y mineralógico” (arranca la sexta carta, 152-153), el espacio ofrece otra contigüidad rítmica que *Ranqueles* entre marcha y relato (aquella es menos intensa y debe complementarse con sub-relatos geográficos, mineralógicos, climáticos, empresariales, periodísticos); como en *Ranqueles*, esa relación que pauta el ritmo apela a la verbalización plural, donde narrador, viajeros y lectores comparten movimientos: “Pronto llegaremos” (161), “Si el lector recuerda de dónde salimos esta mañana” (168), o con el matiz cómplice del subjuntivo: “Descansemos un momento y regresemos” (165), o apelando al leitmotiv canino que intensifica la demora, y que sesgamos como eje de esta aproximación al texto: “Dejemos descansar al *perro*” (237).

La materialidad impresa complejiza la hibridez de la expedición fracasada convertida en folletín de aventura geológica-comercial. De las cuatro páginas tamaño sábana pautadas en siete columnas, *El Nacional* cede a Mansilla la primera plana, entre la mitad inferior de la segunda columna y la mitad superior de la tercera (en unas pocas entregas se corre a tercera y cuarta): un espacio central, a continuación de una o dos notas editoriales sobre la coyuntura económica y política, y antes de las secciones usuales de primera página (“Exterior”, “Variedades”, “Suelos” o “Correo del día” con la crónica política local). Al promediar la segunda página y hasta el final, el diario es ocupado por avisos comerciales, que muestran el vértigo de oferta-demanda que pauta la esfera pública entre las presidencias de Avellaneda y Roca: remates y liquidaciones de “magníficos campos” (alguno dirigido “a los especuladores” como oficio legitimado); citaciones judiciales, solicitudes de registro de marcas de fábrica; avisos fúnebres y de objetos perdidos; compra, venta, alquiler de caballos, casas, juegos de comedor, mosaicos; invitación a jornada de tiro de palomas en Flores o a “baños de mar en las pintorescas playas” de Montevideo; reclames de harina lacteada Nestlé, remedios anti-sárnicos, tónicos nutritivos; médicos homeópatas; lecciones escolares domiciliarias; establecimientos ortopédicos que exhiben sus novedades con acotadas ilustraciones (ver ANEXO). El conglomerado de política, vida, economía y consumo materializa la modernización de un diario prestigioso, que en el 78 se acercaba a su número diez mil tras veintiséis años de injerencia pública. En sitio destacado al comienzo de esa constelación gráfica, la primera página de *El Nacional* repitió casi diariamente el encabezamiento “Cartas del Coronel Mansilla” (en negrita), abajo “MINAS DE AMAMBAY Y MARACAYÚ” (en mayúscula), luego el número de carta, y el “Señor D. Samuel Alberú” que inició cada entrega. Entreverado en la visualidad comercial que cubre casi tres cuartas partes del periódico, el folletín del oro de Mansilla promueve un sesgo revulsivo del borde inestable entre la vida cotidiana atravesada por las primeras crisis capitalistas, pautada por la afiebrada mezcla de mercancías en la política y la intimidad, y la fuga aventurera hacia fronteras exteriores de una nación tensamente organizada por el progreso liberal.

El corresponsal de *El Nacional* se afianza como “eterno zurcidor de digresiones”, y cierra la vigésimo quinta carta con la asunción del defecto: “cargo pacientemente con las consecuencias de una crítica, justa quizá, por lo mucho que tardé de rodeo en rodeo, en satisfacer la curiosidad del lector” (234, 247). La inocente culpa de dilatar la escritura desvía acusaciones públicas más pesadas, como las de *El Libre Pensador* de Buenos Aires que señala la ventaja que habría sacado Mansilla al vender las acciones de la sociedad anónima, y provoca: “Es de averiguar lo que más preocupa al coronel Mansilla, si las minas de Amambay, la gobernación del Chaco o la literatura. Aquella robusta organización se da

tiempo para todo, es verdad que no hace nada, porque ni saca oro, ni atiende sus territorios, ni hace literatura” (cit. en Popolizio 1985: 200). Versátil en la contigüidad de acto y discurso, el narrador dosifica intrigas posibles atendiendo a la impaciencia del lector de diarios; la dilación del hallazgo reditúa el ritmo de escritura en relación provechosa con las limitaciones del soporte. Al cerrar la tercera carta con el debido agradecimiento a Alberú, Mansilla ostenta dominio narrativo señalando la estrechez material: “me ha dicho que puedo disponer de su diario los días que quiera, a condición de no ser muy largo... // Le doy las gracias y termino aquí, pero sintiendo tener que detenerme” (143). Los puntos suspensivos indican la suspicacia del cronista folletinesco (y accionista de la sociedad lucrativa) dispuesto a hacer lo contrario de la demanda tipográfica: *alargar* el relato. No puede ampliar el espacio impreso pero, a la manera mercadotécnica de la novela-folletín, extiende sus entregas por más de treinta días, aplaza la sanción pública sobre su probidad y aleja el sitio donde está enterrado el oro. La postergación no depende solo del clima, la enfermedad del “chucho” o las deficiencias de equipamiento; el desenlace es pospuesto por el orden del relato, su montaje de fragmentos rizomáticos. Inexistente en el espacio recorrido, el oro aparece en la letra. La expedición avanza alejando su objetivo, o desplazándolo por otro menos aparente: una *grafía novelesca*, afianzada materialmente durante treinta números en la primera página de un diario decano.

El lugar enunciativo se asume en la variación de las formas de escritura, como condensa al finalizar la penúltima entrega: “No soy erudito en minas. // Soy apenas un artista en cartas”, que considera que el gusto debe modificar las reglas del arte epistolar como de la pintura o la estatuaria, donde “a cada momento vemos violadas las proporciones”. La declaración estética conecta con la promesa diferida desde el principio: “Y esto quiere decir que aquí se detiene el autor. // ¿Definitivamente? // ¡Oh! ¡No! // Tenemos aún que conversar sobre el terreno mismo *donde está enterrado el perro*” (265). Pero ya en la tercera carta el honroso coronel había declarado “resuelto en mi conciencia el problema de si había o no *oro*” (139). No se trata de responder por sí o por no sino de mantener activa la pregunta, reformulada con variaciones del arte de narrar, en fuga hacia la fórmula que eufemiza el objeto deseado, desde que la octava carta atribuye al científico la expresión que irá convirtiendo en motivo dilatorio: a la pregunta de Mansilla sobre la posible vacilación de Wisner, Mayer asegura que “en cuanto caímos al arroyo me dijo en alemán: *aquí está enterrado el perro*”. En la entrega siguiente Mansilla se apropia de la cita: “Cruzamos el arroyo, por el punto mismo donde según la expresión del coronel Wisner *estaba enterrado el perro*” (166). La carta 22 cita erróneamente la frase en alemán: “Efectivamente, allí donde el coronel Wisner dijo al llegar: *aquí está enterrado el perro -Hier liegt der Hund begraben* (proverbio alemán)-, allí estaba...” (230; cita corregida por editora). Con su doble sentido

referido a un lugar aburrido donde nunca pasa nada y a la causa principal de un problema (el *quid*), el proverbio aporta la ambigüedad que Mansilla explora y explota en su escritura.

La carta 11 comienza retrocediendo, emplazando el viaje en ese sitio hecho frase: “Habíamos quedado en el arroyo *donde está enterrado el perro*, y allí tenemos que demorarnos todo el día” (172). Con la magia ambigua de lo que cobra existencia en la letra, el perro permite avanzar hacia atrás o por los costados, andar y desandar, oscilar sin progreso. La carta 26 encara un desenlace que sabe imposible. Tras explicar otra vez que “[e]l arte consiste en sostener el interés hasta que llegue el momento oportuno de hacer la síntesis o resumen”, convoca al lector solo para demorarlo un poco más con el perro:

El lector se viene preguntando todos los días, desde que se habló del sitio *donde está enterrado el perro*. ¿Y cuándo sucede eso? Es decir, ¿y cuándo se prueba que el coronel Wisner tuvo razón?

Ahora mismo podría probarlo. Interesado estoy en ello como nadie. Pero qué sacaríamos con anticipar la prueba, teniendo como tengo, tanto, tanto que decir sobre el particular.

Citando en latín el consejo de los retóricos (“se debe avanzar en el discurso gradualmente”), “sigo mi plan, dejando todavía quieto *al perro* donde está” (249). La intriga se intensifica en la carta siguiente con la colaboración jocosa del diario, que anuncia la partida de Mansilla para su segunda expedición y le cede la inquietud que el corresponsal transcribe sin, por supuesto, saldarla: “Antes de que se vaya, ¿se podrá saber *dónde está el perro*?” (253). No hay síntesis para este conglomerado impreso que diseñó la búsqueda de una figura retórica cuyo referente nunca existió fuera del discurso. Es narrativamente coherente que no tenga fin la novela del aplazamiento de los fines. La última entrega resuelve la cuestión canina con un deslizamiento que abarca hacia atrás toda la serie, eludiendo la respuesta esperada mediante la liquidación de la figura retórica, la juguetona frase que sostuvo la *suspensión de incredulidad* necesaria a la fe poética, con la magia de un perro visible únicamente en el espacio impreso:

Quería decir que hay muchas gentes empeñadas o esperanzadas en que se *desentierre un perro*.

¿Qué perro? Yo no conozco más que el del proverbio alemán que el coronel Wisner empleó el día 20 de marzo de 1877 (véase la carta número 8) cuando llegaron con Mayer al arroyo.

Y, como no tengo el poder sobrenatural de hacer que una figura de retórica se convierta en una entidad visible y tangible, dejo a todos los perros muertos [...] tranquilos en sus fosas (268).

Jocoso doblez del artificio textual: al negarlo, Mansilla afirma el poder de convertir la letra en realidad, realiza la fantasía de estar encontrando oro durante treinta entregas periódicas luego de no haberlo encontrado en la expedición.

El leitmotiv canino prueba su eficacia en la red impresa de la opinión pública contemporánea, con la caricatura que *El Mosquito* dedica al asunto el 12 de mayo de 1878, un día antes de la última entrega desdoblada el 13 y 14. La ilustración de *El Mosquito* propone el gran final que el artista en cartas supo evitar en su novela del oro. Bajo la sorpresa festiva de dos colaboradores, un Mansilla arrodillado junto al pozo levanta de la cola un perro clavado en un carrito con ruedas, juguetona fantasía que alude al chasco sufrido por los inversores, a quienes el epígrafe burla en complicidad con el ritmo persuasivo de una expedición ambigua, que al forzar los límites entre realidad y creencia ha expandido las posibilidades de una grafía novelesca para la literatura argentina: “NOTICIAS DEL PARAGUAY. ¡Al fin se encontró al perro enterrado...! Felicitaciones a los accionistas”. Dos días después de este chiste gráfico, la autoconvicción de Mansilla muestra haber superado el desafío de la primera entrega con la cita en francés del coronel húngaro: ríe último. El final de la novela del perro lo deja lanzado al futuro, saludable frente a los sarcasmos de la suerte, abierto a los misterios del destino, alegre y firme en su creencia:

Continuaba lloviendo, es decir que había llovido consecutivamente [...] 72 días.

Pero reinaba el mejor espíritu en los expedicionarios y el coronel Wisner gozaba de buena salud [...].

Yo voy a participar de su suerte...

Esto es todo.

¡Salud y alegría!

Su afectísimo,

Lucio V. Mansilla (2012: 276-277).

Bibliografía

Contreras, Sandra. "El genio de los buenos viajes". En Mansilla, Lucio V. *El excursionista del planeta. Escritos de viaje*. Selección y prólogo de Sandra Contreras. Buenos Aires, FCE, 2012, 9-50.

El Mosquito. 12 de mayo de 1878 (microfilmado). Hemeroteca, Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Argentina.

El Nacional. 26 de marzo al 14 de mayo de 1878 (microfilmado). Hemeroteca, Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Argentina.

Mansilla, Lucio Victorio. *Una excursión a los indios ranqueles*. México, FCE, 1947.

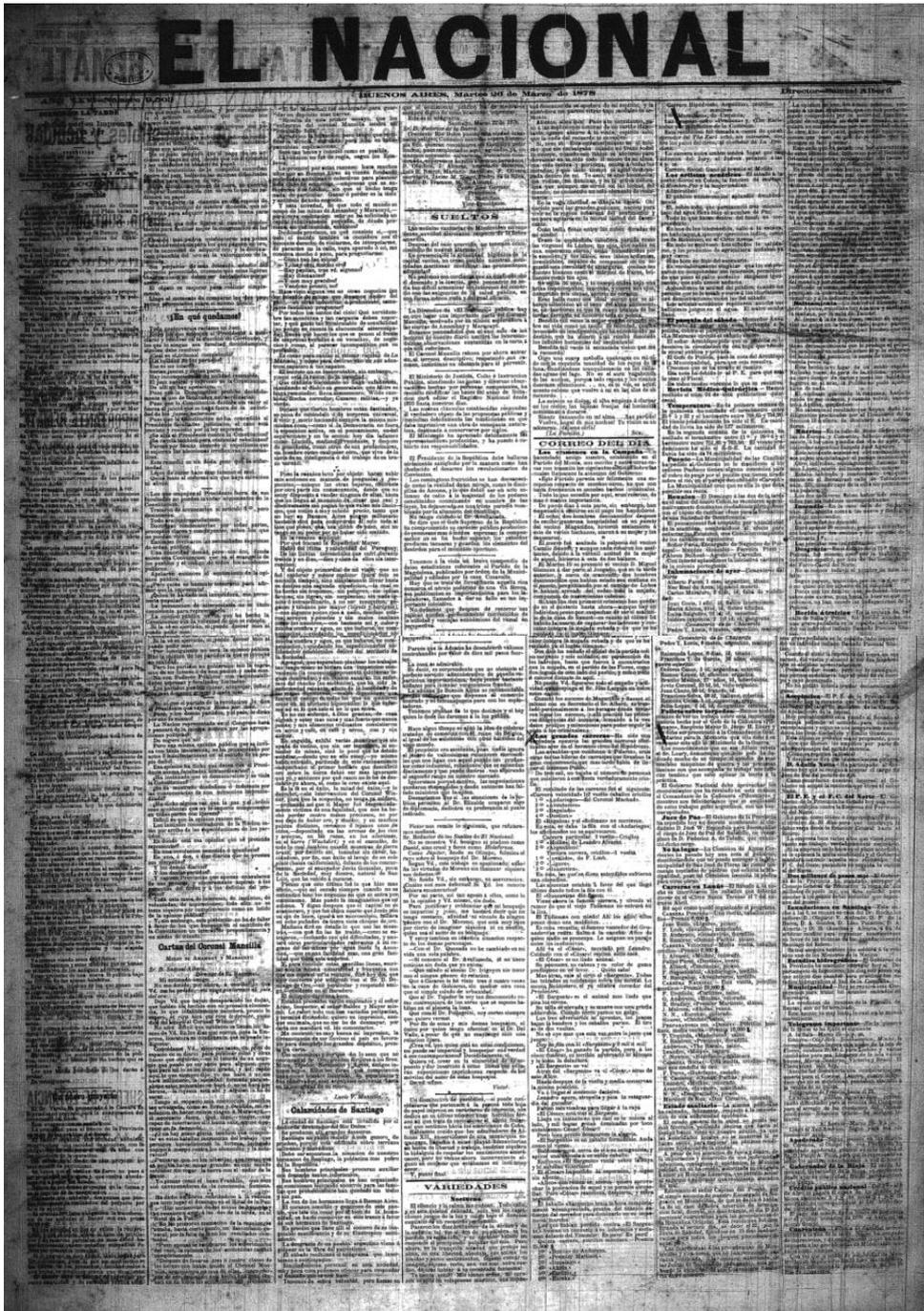
Mansilla, Lucio Victorio. *Cartas del Coronel Mansilla. Minas de Amambay y Maracayú*. En *El Nacional*, del 26 de marzo al 14 de mayo de 1878 (microfilmado). Hemeroteca, Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Argentina. Editado en *El excursionista del planeta. Escritos de viaje*. Selección y prólogo de Sandra Contreras. Buenos Aires, FCE, 2012, 125-277.

Popolizio, Enrique. *Vida de Lucio V. Mansilla*. Buenos Aires, Pomaire, 1985.

El Nacional, 26 de marzo de 1878.

Primera entrega de "Minas de Amambay y Maracayú": folletín del oro entre impresiones comerciales.

Pág. 1



EL NACIONAL

BAÑOS Y OSEADA
Zacatecas, 26 de marzo de 1878.
DE POTRILLOS MEJORES
CALLE DE SAN MARTIN
VICENTE A. VILLALBA
1. POTRO 84. 10 GALLOS 112 10
2. POTRO 84. 10 GALLOS 112 10
3. POTRO 84. 10 GALLOS 112 10
4. POTRO 84. 10 GALLOS 112 10
5. POTRO 84. 10 GALLOS 112 10
6. POTRO 84. 10 GALLOS 112 10
7. POTRO 84. 10 GALLOS 112 10
8. POTRO 84. 10 GALLOS 112 10
9. POTRO 84. 10 GALLOS 112 10
10. POTRO 84. 10 GALLOS 112 10

UN TERRENO CON EDIFICIO
Calle Pinaral 1004
Zacatecas, 26 de marzo de 1878.
TERRENO CON EDIFICIO
CALLE PINARAL 1004
ZACATECAS, 26 DE MARZO DE 1878.
TERRENO CON EDIFICIO
CALLE PINARAL 1004
ZACATECAS, 26 DE MARZO DE 1878.

JUDICIAL
UNA MAGNIFICA PROPIEDAD
Calle Nueva Alameda
TERRENO CON EDIFICIO
CALLE PINARAL 1004
ZACATECAS, 26 DE MARZO DE 1878.

BAÑOS Y OSEADA
Zacatecas, 26 de marzo de 1878.
DE POTRILLOS MEJORES
CALLE DE SAN MARTIN
VICENTE A. VILLALBA
1. POTRO 84. 10 GALLOS 112 10
2. POTRO 84. 10 GALLOS 112 10
3. POTRO 84. 10 GALLOS 112 10
4. POTRO 84. 10 GALLOS 112 10
5. POTRO 84. 10 GALLOS 112 10
6. POTRO 84. 10 GALLOS 112 10
7. POTRO 84. 10 GALLOS 112 10
8. POTRO 84. 10 GALLOS 112 10
9. POTRO 84. 10 GALLOS 112 10
10. POTRO 84. 10 GALLOS 112 10

DE LA VICTORIA
De la ciudad
Unica por su localidad
DIVIDIDA
EN 7 LOTES
El jueves 9 de mayo
A las dos de la tarde
Por orden de Sr. Juan de la Cruz
Dr. D. José M. Berra y otros
D. José de Barrios

DE LA VICTORIA
De la ciudad
Unica por su localidad
DIVIDIDA
EN 7 LOTES
El jueves 9 de mayo
A las dos de la tarde
Por orden de Sr. Juan de la Cruz
Dr. D. José M. Berra y otros
D. José de Barrios

DE LA VICTORIA
De la ciudad
Unica por su localidad
DIVIDIDA
EN 7 LOTES
El jueves 9 de mayo
A las dos de la tarde
Por orden de Sr. Juan de la Cruz
Dr. D. José M. Berra y otros
D. José de Barrios

DE LA VICTORIA
De la ciudad
Unica por su localidad
DIVIDIDA
EN 7 LOTES
El jueves 9 de mayo
A las dos de la tarde
Por orden de Sr. Juan de la Cruz
Dr. D. José M. Berra y otros
D. José de Barrios

DE LA VICTORIA
De la ciudad
Unica por su localidad
DIVIDIDA
EN 7 LOTES
El jueves 9 de mayo
A las dos de la tarde
Por orden de Sr. Juan de la Cruz
Dr. D. José M. Berra y otros
D. José de Barrios

DE LA VICTORIA
De la ciudad
Unica por su localidad
DIVIDIDA
EN 7 LOTES
El jueves 9 de mayo
A las dos de la tarde
Por orden de Sr. Juan de la Cruz
Dr. D. José M. Berra y otros
D. José de Barrios

DE LA VICTORIA
De la ciudad
Unica por su localidad
DIVIDIDA
EN 7 LOTES
El jueves 9 de mayo
A las dos de la tarde
Por orden de Sr. Juan de la Cruz
Dr. D. José M. Berra y otros
D. José de Barrios

DE LA VICTORIA
De la ciudad
Unica por su localidad
DIVIDIDA
EN 7 LOTES
El jueves 9 de mayo
A las dos de la tarde
Por orden de Sr. Juan de la Cruz
Dr. D. José M. Berra y otros
D. José de Barrios

DE LA VICTORIA
De la ciudad
Unica por su localidad
DIVIDIDA
EN 7 LOTES
El jueves 9 de mayo
A las dos de la tarde
Por orden de Sr. Juan de la Cruz
Dr. D. José M. Berra y otros
D. José de Barrios

DE LA VICTORIA
De la ciudad
Unica por su localidad
DIVIDIDA
EN 7 LOTES
El jueves 9 de mayo
A las dos de la tarde
Por orden de Sr. Juan de la Cruz
Dr. D. José M. Berra y otros
D. José de Barrios

DE LA VICTORIA
De la ciudad
Unica por su localidad
DIVIDIDA
EN 7 LOTES
El jueves 9 de mayo
A las dos de la tarde
Por orden de Sr. Juan de la Cruz
Dr. D. José M. Berra y otros
D. José de Barrios

DE LA VICTORIA
De la ciudad
Unica por su localidad
DIVIDIDA
EN 7 LOTES
El jueves 9 de mayo
A las dos de la tarde
Por orden de Sr. Juan de la Cruz
Dr. D. José M. Berra y otros
D. José de Barrios

El Mosquito, 12 de mayo de 1878.

Transposición ilustrada de la novela del perro: impresiones humorísticas.

